

AÑO XVIII.—NÚM. 5458.

16 DE AGOSTO DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 16 de Agosto de 1879.

LO QUE VA DE AYER A HOY.

Con tales frases concluimos nuestros apuntes históricos del Arsenal de Cartagena; y estas repetimos hoy al ver bajar de la grada una corbeta que sale anciana de su misma cuna donde ha pasado sus mejores tiempos. ¡Diez años, durante los cuales se han sucedido tan diversas dominaciones y tronos, y dinastías, se ha pasado la Aragon contemplando su esqueleto en las aguas de la dársenal! Los forasteros que en los veranos nos visitan admirábanse de ver siempre allí, como enclavada, esta fortaleza marítima; nosotros, los que por un instinto de curiosidad, más que por suerte, hemos tenido ocasión de estudiar lo que fueron nuestra Marina y nuestros Arsenales, sentíamos el torcedor de los recuerdos; y con el comezon del amor propio, la tristeza más desconsoladora. Cuantas veces nos preguntábamos así mismo ¡que diría un hijo de Albion que esto viera! No ya un inglés, que al fin, es un insular; fijémonos en otros más enclavados en el elemento tierra, que se le hubiera ocurrido, por ejemplo, á un flémático alemán? ¡La Prusia que no contenta de ser la primera potencia militar pretende entrar en el rango de las marítimas, y se le ve buscar en extrañas tierras puertos que le negó naturaleza!

Nosotros que no somos ni ingleses ni alemanes; nacidos en una nación esencialmente marítima, é hijos de un pueblo que se levanta cual, es bella ninfa de las espumas del mar; cuando contemplamos lo que fuimos sobre el líquido elemento, y lo que fueron nuestros arsenales en los tiempos de Fernando VI, de Carlos III y de Carlos IV; cuando vemos aquello y vemos esto, más de una vez, abstráida la mente en las amarguras de las comparaciones, no hemos podido por menos de preguntarnos con extrañeza: ¿es acaso que el mar se haya alejado de nuestras costas? ¿es que nada nos queda ya que guardar tras de esos horizontes por donde el sol se pone? ¿es que la nación se ha impuesto por alguna razón política su nulidad sobre los mares, siquiera á trueque de su decoro?

No vayamos á pedir cuenta de ello á la digüisima persona que hoy está al frente del Ministerio de Marina: ¡ajá! que los créditos de que dispone estuviesen á la altura de sus deberes! Tampoco al gobierno; que aun cuando de una manera algo escasa, ha demostrado recientemente su interés por aquel ramo; culpemos

solo á los tiempos, á nuestra indeferencia; á esa especie de monomanía que ha levantado banderas con el lema de que la *Marina es ramo de puro lujo*, y que se presenta ya sin rebozo rompiendo con la política y con la historia en la prensa y en la tribuna, para escatimarle, no ya lo necesario para el fomento de su material flotante, si que hasta lo más indispensable para la conservación del poco que hoy nos queda. Por este sistema es bien seguro que pronto llegaremos á la más completa nulidad en la estadística de las naciones marítimas.

No seremos nosotros los que sostengamos que la Marina no es susceptible de economías, como pueden serlo los demás ramos del Estado dentro de una bien estudiada organización; pero de esto á proclamar su extinción, que no á otra cosa parece que tienden ciertas declamaciones que se han hecho ya como de moda, preciso es convenir en que se tiene más en estima el ahorro de unos cuantos millones (que en nada por cierto, había de aliviar las cargas de la nación) que el decoro y buen nombre de ella; ó que los que de tal manera vociferan ni saben lo que es Marina, ni mucho menos para lo que sirve; pues que acaso no tengan otras nociones del mar que las bellas descripciones de los poetas ataviadas con sus nereidas y sirenas, sus céfiros y tritones.

Nuestros antepasados, en una sucesión que no baja de cuatro siglos, según los nuevos economistas, debieron ser unos locos en su constante afán por el engrandecimiento de nuestra armada. Loco llamaron sus contemporáneos al inmortal Colón; y sus locuras dieron á España un nuevo mundo. A locura se echó también el generoso desprendimiento de Isabel I de Castilla empeñando sus joyas en pró de empresa tan gigante, y nuestra España pudo envanecerse de ver al sol irradiar constantemente sobre sus dominios. Sin las naves que llevaron á Hernán Cortés y á Francisco Pizarro en busca de lo desconocido, ni el oro de la nueva España, ni la plata del Potosí hubieran venido á derramar en nuestras arcas; y no habiéramos tenido escuadras con que poblar los mares, ni hoy tendríamos arsenales, ni maravillas del arte con que dar envidia al extranjero.

A esto no faltará quien conteste que nuestro planeta está ya tan registrado que nada queda al espíritu conquistador ó aventurero; pero si no hay mundos que conquistar, quedarnos mundos que guardar. Todavía las escuadras extranjeras saludan nuestro pabellón en las riberas del Asia y de la América y en peñones aislados en mitad del océano. Todavía, cuando la luz del sol se

despide de nosotros, aurora es de eterno día que va á irradiar sus purísimos fulgores sobre pueblos de nuestra misma raza, hermanos en el habla, en la fé y el sentimiento, y cual nosotros dependientes del glorioso cetro de Castilla.

Que la independencia de nuestras colonias cegó los manantiales que surtían abundantemente nuestro Erario; que hoy no es posible sostener escuadras como en los tiempos de Carlos III, se nos dirá también. Convenidos; pero no se podrá negar que dentro de nuestra misma estrechez, todavía podemos hacer mucho. Querer es poder dijo Catalina de Rusia; y en Pedro el Grande [maese Pedro] tenemos la experiencia de lo que pueden la fé y una voluntad decidida.

Algo de ello pudiéramos aprender de entre nosotros mismos. No anda muy holgado que digamos nuestro Erario después de la funesta guerra de los siete años que consumió las fuentes de la ripieza pública, dejándonos por apéndice una deuda abrumadora, y sin embargo, á la vuelta de algunos años volvimos á tener Marina, pequeña, raquítica si se quiere, comparativamente con la de otros tiempos; pero ello es que llegó á reunirse un material flotante de cuatro fragatas, otras tantas corbetas, tres bergantines, tres urcas, dos goletas y treinta y cuatro vapores.

Esta Marina no era ya la del año 1840 que en junto apenas si podía contarse con doce buques de regular porte, incluso tres vapores. Por lo que mira á este Departamento, un bergantín goleta, el *Gustaria*, y el falucho *Pluton*, á esto estaba reducida en 1845 toda su escuadra de combate. Después siendo ministro de Marina el Marqués de Molins se pensó en aumentar esta naciente armada hasta noventa buques desde goleta á navío; y testimonio de este patriótico empeño son todavía el *Rey D. Francisco de Asís* y el *Reina doña Isabel segunda* que arrumbados yacen en nuestros arsenales, junto con algunos otros buques de aquella época que tuvieron que dejar el puesto al vapor y á la coraza.

Los adelantos en el sistema naval pedían para los buques mayor rapidez en su marcha, más precisión en los movimientos, otras alas que no fueran las del viento; sus costados una fortificación más sólida y resistente á la potencia de la nueva artillería. La guerra de Africa vino á poner dolorosamente de manifiesto esta necesidad. Ni un solo buque tuvimos que pudiera ponerse dignamente delante de las baterías de Tanger. De aquí se levantó una reacción favorabilísima para la Marina. La historia, el patriotismo, el amor

propio; la nacional altivez doblegada ante exigencias estrañas, registros fueron todos que se pusieron en juego para levantar el espíritu y pedir-se uno y otro día la restauración de nuestra marina en conformidad con los adelantos modernos.

Entonces ya teníamos dinero. La desamortización de los bienes nacionales dió holgadamente para todo; y con los cuatrocientos millones que se destinaron como extraordinario para el fomento de buques y Arsenales, nuestra armada se robusteció en poco tiempo con cuatro fragatas blindadas de primer orden, algunas otras de madera, y diferentes buques de menor porte. Además se adquirió el gran dique flotante de Cartagena y se comenzaron las obras del no menos grandioso de la campana de Ferrol, que en breve debe inaugurarse. En una palabra; volvimos á tener Marina y abundantes repuestos para sostenerla.

Solo así pudimos ir al Pacífico y hacer resonar allí nuestros cañones, con no menos espanto de aquellas apartadas repúblicas, que admiración de las escuadras extranjeras al ver al malogrado Méndez Núñez dispuesto á pasar con sus fragatas por encima de ellas si no le dejaban libre paso para bombardear á Valparaíso. Solo así pudimos hacer valer nuestro poder frente á la altivez de La Union americana en el apresamiento por nuestros buques del vapor filibustero *Octavio*, y en otros lances que se han sucedido durante la insurrección cubana.

Reliquias de esta Marina son hoy las fragatas que nos quedan. Incendiada la *Tetuan*; arrumbadas la *Arapiles* y la *Méndez Núñez*; vieja ya, siendo nueva la *Sagunto*, que mucho sea pueda prolongar su existencia á la que alcancen la *Numancia* y la *Zaragoza*, ¿que buques de combate nos quedarán para entonces? Aquí puede decirse que toda se quiso hacer en un día. Ayer fuimos; hoy somos aun algo; mañana, al paso que vamos, volveremos á ser nada. Unos diez y seis años que no se ha sentado en picaderos la quilla de una fragata. Dos corbetas, *Doña Maria de Molina* y la *Aragon* representan toda la actividad de nuestros arsenales en los diez últimos años. A este paso, repetimos, ha de llegar forzosamente el día en que el mando de un cañonero se atan codiciado como lo fueron en tiempos no lejanos los de los faluchos, lugres y pailebots.

Nos contrasta en pensar si llegaremos á tener (Dios no lo quiera) algún conflicto internacional. Entonces queríamos en un día lo que es materia de muchos años; entonces volveríamos dolorosamente la vista al pasado para tormento del presente.